

Benjamín Subercaseaux

Daniel, niño de lluvia

Καὶ τὸ φῶς ἐν τῇ σκοτίᾳ φαίνει
y la luz brilla en las tinieblas

Evangelio de Juan.

I

Daniel lo sabía.

Incapacitado para hacer de estas palabras siquiera un pensamiento, hacía algo mejor: sus ojillos dolorosos y azules se volvían hacia la ventana buscando la luz, atraídos irresistiblemente por un reflejo de su cabecita vacilante que forzaba el obstáculo de los chales y del babero húmedo llegando hasta presionar el cuello pequeño, enrojecido por la leche agria. Buscaba la luz en un supremo esfuerzo que lo hacía desprenderse de una parte del alimento, así, con toda naturalidad, frunciendo primero la boquita con gesto preocupado y dejando en seguida escurrirse por la mejilla el rebalse de la leche, como un acto cumplido que no merecía una atención mayor.

Y luego venía el llanto; seco e indiferente los primeros días; con el gesto de la tragedia, algunas semanas después, y con unas como lágrimas que le daban cierta expresión nueva a la mirada, ya más segura y casi implorante.

Daniel había comenzado así. Los de su familia, de su ciudad, de la especie humana, no empezaron de otra manera. El

futuro santo o el perverso, el basurero o el estadista, el espíritu esclarecido y fino junto al hombre torpe y brutal, presentan en esta edad una semejanza desconcertante. Cuando más, un rasgo de los padres, marcado hasta la caricatura, puede esbozar su leve diseño: el color subido del genitor y su nariz aguileña, o el ceño adusto de la madre y los hoyuelos de sus mejillas, pueden anticipar sobre la creatura como un agregado, un disfraz, más bien, *del niño único e invariable* que carga con este presente paterno con la misma indiferencia del que lleva un traje de carácter sin tener el carácter apropiado para llevarlo.

Daniel nació en el segundo año del siglo XX. Pudo nacer en el tercero o cuarto año de cualquier otro siglo, pero no fué así. Es verdad que no logró recordar nunca este momento, y que, precisamente, basándose en esto, le entran a veces serios temores de no poder recordar algún día sus propios funerales. Se consuela pensando que verá *lo que vino después*, porque lentamente en la noche de su infancia comenzaron también a aparecer luces, escenas y ruidos, como los del último tumbo del jarrón que rueda por el suelo frente al niño travieso y que sorprendemos al abrir la puerta, dándonos así la explicación de lo que no alcanzamos a ver. De la misma manera recuerda Daniel el vaso roto de su infancia en la media luz de las piezas enormes, tras la cortina de felpa y los helechos artificiales del 1900. Ve un cuerpecito escuálido por el ayuno obligatorio del ama «que no tenía leche»; siente el pinchazo horrible del grueso alfiler de gancho que ensartó los pliegues de su vientre junto con las mil hojas de sus mantillas; oye trajines y voces de mujeres afanadas entre los encajes de sus *matinés*, y huele los vapores del viejo anafe *de espíritu* con sus mil tubitos misteriosos. En su recuerdo vagan todavía la sombra de los rincones que aquilataban el prestigio de los muebles blancos y de la toilette de álamo cubierta por el satín rosado y el encaje indefinible.

Recuerda, por fin, a los hombres de esa época, con el aspecto estúpido de los maniqués en una tienda de provincia.

Daniel sentía su existencia, en aquel entonces, más estable que los cimientos del mundo. Aunque no recordaba sus comienzos—o tal vez por ésto—se sabía eterno, al margen de toda definición, como el verbo «ser». Esa pequeña creatura, delicada y pálida, de una salud frágil que debió bordear la muerte más de una vez, presentía en él extrañas posibilidades sumidas en el sueño de las cosas. Recordando ese tiempo, ha llegado a preguntarse si los niños pequeños sufren de un defecto en la visión: él no ve en aquel entonces sino cosas: trajes, utensilios, actitudes de hombres y mujeres sin cabeza que no le interesaban mayormente. En cambio sabe muy bien que su perro lanudo había perdido el relleno de afrecho en la base de la cola, que caía flácida y desmayada. Recuerda también que faltaba la rueda en una de las patas y que al cabalgar sobre el juguete, éste se clavaba en la alfombra produciendo arrugas y una tempestad de gritos en una mujer muy elegante que se ondulaba para el baile de la noche.

Daniel era sensible a las disputas con la sirvienta y a toda la intriga oculta que suelen incubar las familias, y se escandalizaba con un sentido muy claro de lo bueno y de lo malo, aún cuando no conocía—ni habría podido comprender—las razones de por qué estaba mal o bien. Como sea, habiendo sido siempre un tímido alejado de toda rebeldía, conservó desde entonces una opinión interior sobre la justicia y la rectitud, tan propia e inexorable, que el contradecirle en esas materias—aun ahora—puede hacerlo caer en una angustia tan grave como una enfermedad. Es por esta razón que su infancia y parte de su vida, no fueron otra cosa que una larga enfermedad.

En aquel tiempo desfilaban casas y paisajes como distintos decorados movibles en la inmovilidad de su teatro único: el de sus juegos. La familia podía cambiar de casa; al hall oscuro podía suceder la galería luminosa que daba sobre las nu-

bes claras y los alambres del cielo, o el patio empedrado, con sus macetas de bambús y el canto de su telón. Era igual. Como niños que juegan en un tren, poco importaba el paisaje que corría afuera, detrás de la ventanilla. ¡Hermosa continuidad de la infancia que nos anticipa cierto sabor a eternidad! Viene el despertar al mundo y cada día es horriblemente nuevo, lleno de zozobras, y sobre todo, impropio para seguir el juego de nuestra ilusión de ayer.

Daniel en esos tiempos no amaba a nadie. Las preferencias no debían venir sino más tarde. Su abuelo, su tía, el tío, el abuelito, la madre, eran amados como un hombre corriente ama a Dios: algo tan lejano y augusto, y en el fondo tan temido y ajeno a su vida íntima de niño que más valía no precisar sentimientos para no tener que confesar, simplemente, que le eran extraños. Un medallón con el retrato de su padre, que llevaba colgado al cuello, le inspiraba más ternura. Había cierto destino común entre el muerto, sometido y mudo, y él, prisionero de una infancia que se le antojaba eterna—«Cuando yo sea grande...»—solía decir. ¡Mentiras! Los niños no creen que serán nunca grandes, y no se equivocan, porque cuando crecen y se hacen hombres, lo son en otro sentido del que esperaban. Sí, él no amaba a nadie, pero sentía un prestigio emparentado con el afecto por cierto conejillo de trapo a quien cuidaba como la niña de sus ojos. Durante el día lo colocaba al sol, acostándolo junto a él durante la noche. Allí se apelo-tonaba, tratando de comunicar el calor de su cuerpo al cuerpecito de acerrín y de entibiar con su aliento el hielo insoponible de los ojos de cristal. Y se dormía estrechándolo, hasta que el sueño iba aflojando los brazos y entreabriendo la boquita voluntariosa. Al amanecer, el conejillo había rodado hasta el suelo. El lo recogía y lo botaba sin piedad entre los juguetes; porque los niños en la mañana son fuertes y crueles. Con la puesta del sol volvía el amor al conejillo junto con las sombras,

el miedo y cierto frío nervioso que lo hacía cobijarse bajo el chalón de la abuelita mientras le preparaban la cama tibia.

II

«L'enfance a des manières de voir, de penser, de sentir, qui lui sont propres; rien n'est moins sensé que d'y vouloir substituer les nôtres».

J. J. Rousseau.—La Nueve Eloise.

Sería una empresa indiscreta pedirle a Daniel que nos dijera qué idea se había formado de la gente que lo rodeaba. Decimos «idea», pero esto debe entenderse como una atmósfera donde los niños respiran sus ideas y sensaciones junto con el oxígeno de la vida. Como sea, contentémonos con saber—y ésto es la estricta verdad—que coexistían en él dos opiniones: una, fija e inexorable como un dogma, de que todos sus familiares eran absolutamente buenos y perfectos; otra—que él atribuía a su limitación cuando no a su propia maldad—que lo hacía pensar de los suyos todo lo contrario. No obstante, debemos reconocer que esta segunda opinión no contaba con el prestigio que tienen las cosas reales; era un fantasma que rechazaba en lo profundo de su ser, allí donde almacenaba sus mentiras, sus vergüenzas y aquellos descubrimientos que recién empezaba a hacer en esa cosa extraña que era su cuerpo.

En cambio, había otros seres que ya estaban levantando los pesados cortinajes de su conciencia. En primer lugar, unos individuos temibles y repugnantés que entraban hasta el tercer patio de la casa para recoger el cieno de la acequia, o los otros, no menos temidos, que desfilaban con grandes sacos al hombro, dejando sembrado el camino de carbones y de la huella pavorosa de sus pies desnudos.

Sin embargo, la repulsión que le inspiraban estos hombres

no venía precisamente del cieno ni del carbón, ya que el frutero, el panadero y aun, el *paco* de la esquina—a quien hicieron pasar una tarde de verano para convidarlo con una sandía—participaban de la misma impresión de «intocables» que le había sido grabada desde el principio.

Por esto, cuando años más tarde el instinto ciego comenzó calladamente su trabajo oculto; mucho antes de abrirse paso a la conciencia, al sexo o a lo que sea; cuando cierto escozor interno se engarza en todo lo que tiene sabor a veda, Daniel se permitió hacer un acto abominable: una mañana en que el panadero lo obsequió con una *chocosa* tibia y crujidora, él, agradecido, tendió tímidamente su mano blanca de niño que el otro estrechó con fuerza, ahogándola en su ancha mano de hombre del pueblo. Fué un instante de vértigo; luego corrió adentro, perseguido por una agradable culpabilidad, y fué tanta su turbación, que olvidó probar el enorme pan que apretaba nerviosamente bajo el brazo.

Las mujeres las veía más a menudo y tenían para él un prestigio mayor: eran algo serio y respetable. Los hombres le inspiraban curiosidad e inquietud, nunca respeto. Las sirvientas las imaginaba como diosas tutelares. No podía concebir que tuvieran padres o parientes. Ellas «eran».

La vieja decana tenía sobre él un ascendiente particular. La obedecía, aun cuando ella no se resistía a sus caprichos; además, tenía un hablar tan pausado y sereno. Contaba cuentos por las noches, la buena Chepita, o se quedaba sentada durante horas en un rincón oscuro del patio, mirando largamente las estrellas de ese cielo 1905, con sus pequeños ojos llorosos y las manos apoyadas sobre el vientre, entrelazadas bajo el delantal. Daniel creyó sorprenderla, a veces, orando en silencio. Qué hermosa figura la de aquella mujer. Cómo se afanaba en descubrirle nidos de gatitos en el entre-techo, que luego le obsequiaba así, pequeños y redondos, montoncitos negros o grises con sus gruesas patas torpes y sus ojillos azules.

III

«J'ai vu, dit Saint Augustin, un enfant jaloux; il ne savait pas encore parler, et, avec un visage pale et des yeux irrités, il regardait déjà l'enfant qui tétait avec lui».

Fenelon

Daniel era un pequeño tirano prudente. Mandaba con gesto autoritario pero contestaba con suavidad de felino. No recuerda haber dicho nunca nada que hiriera a los demás. Fué preciso que conociera a otros Danieles para que comenzara a encenderse en su mente la pequeña luz que había de iluminarle su propio yo.

Fué un día de cumpleaños. Varios niños habían sido invitados para esas fiestas de grandes con que los grandes imaginan contentar a los chicos. Daniel veía llegar esa ocasión con alborozo y cierto temor oculto: era su primer contacto con «los demás».

A las tres de la tarde, hora pesada de las matinés, en que la irritabilidad y amargura infantiles alcanzaban al paroxismo, aparecieron algunos niñitos y niñitas conducidos por las sirvientas o por sus mamás.

Daniel no los había visto nunca. Curiosamente observó sus caras satisfechas y lejanas.

Los de casa atendieron a las mamás; las sirvientas invitaron a las otras con un torpe: «Pase a sentarse...» y él se quedó allí, solo frente a la jauría.

Como perros que se observan por primera vez giraron los niños en torno a Daniel, mirándolo como si fuera un fenómeno. Uno de ellos, después de haber lanzado a los otros una mirada de connivencia, se adelantó y cogiéndolo rudamente por los

rizos, le lanzó a quema ropa: «Y estos, por qué te los dejan tan largos...»

Daniel tuvo la primera desazón de su vida. La sangre se le agolpó en las mejillas; sintió una terrible ira contra los suyos que lo ponían en un ridículo semejante; un deseo de venganza contra las visitas, y también, algo sereno que lo tentaba a explicarse; pero, por sobre todo, una pena enorme que se le subía a la garganta y le impedía llevar a cabo ninguna de estas cosas. No podía comprender que se imaginara una pregunta así. El ya sabía que se podía herir con las palabras como si fueran cuchillos. No atinaba a comprender, pues, ese juego imprudente y doloroso. El no había dado nunca de cuchilladas a nadie. Cómo entonces, los otros...

El mundo está lleno de misterios para los niños; echó, pues, a la cuenta de su ignorancia lo que no se resignaba a juzgar como una monstruosidad, y tomando por la mano a uno de los pequeños—al más tímido—le dijo: «Ven a jugar conmigo. Te voy a mostrar mis juguetes».

El otro no contestó, pero se dejó conducir dócilmente. Partieron, sin soltarse las manos, muy callados y tiesos, como si cumplieran con un rito extraño.

—Yo quiero ese juguete...—decía un pequeñito de cara redonda, como luna.

—No, es mío—le contestaba un grandote de aspecto canalla y atropellador.—Es mío—repetía pasándoselo bajo la nariz y lanzando cada palabra como un salivazo retenido y vuelto a soltar por el labio pendiente e inexpresivo.

Daniel, que jugaba cerca de ellos, volvió la cabeza con sorpresa. ¿Cómo este atrevido decía esas palabras en su presencia? ¿No sabía que él y nada más que él, era el dueño legítimo de los juguetes?

Daniel se encogió de hombros y siguió jugando. Los niños se habían dividido en grupos. Las niñas, aparte, acostaban

y vestían indefinidamente a un muñeco de trapo, moviéndose con gestos muy circunspectos y en un profundo silencio que interrumpía, a veces, un tirón para arrebatarse una prenda o una mueca de disgusto acompañada de miradas feroces.

Los muchachitos jugaban dando gritos y empujones como si estuvieran en una plaza pública.

De pronto, uno de ellos—el del agarrón al pelo—se le acercó con gesto amigable y, tomándolo por el hombro, lo llevó aparte.

—Oye, dime ¿Tienes papá, tú?—le dijo con voz melosa.

—No...—contestó Daniel desorientado.

—¡Ah... wiche... yo si que tengo!... ¡Ah... apesta... no tiene ni papá!—gritaba el energúmeno apuntándolo con el dedo.

Era demasiado; Daniel se abalanzó sobre él y cogiéndolo por la blusa se aprontó a darle su merecido, cuando el otro, inesperadamente, echándose al suelo, comenzó a llorar dando tales gritos que Daniel, desconcertado, creyéndose una vez más culpable de un crimen atroz, se quedó mirando la escena sin saber que hacer.

—Este me pegóóó...—gritaba el niño desde el suelo como si lo estuvieran matando.—Este abusador me pegóóó...

Se alborotaron las mamás y las sirvientas. Los demás niños, despreocupados, siguieron en su algarabía (los asuntos «internos» no les interesan). Aquello era una confusión de monos enloquecidos, de juguetes que volaban por los aires, de manos sucias que los recibían y de caras untadas con meringue que miraban atónitas, tan pronto resplandecientes de gozo como derretidas en sus lágrimas de dulce.

Daniel no comprendía nada. Ese espectáculo estaba fuera de su «Ley», de sus usos y costumbres. Esos barrabaces parecían estúpidos, ciegos, sordos, hasta el momento en que su malicia los mostraba como perfectamente conscientes y malignos.

Daniel estaba desprovisto de malicia. él lo ignoraba, y

desgraciadamente, lo vino a saber cuando no tenía remedio. Así, pues, tardó mucho en comprender el significado del mal, de la perversidad y de la astucia, y como aquello le parecía inexplicable, sufrió de ellas como se sufre de un defecto propio. Aquel día de cumpleaños, supo que «los demás» suelen caer, sin que sepamos por qué, en un estado vecino a la imbecilidad y la demencia: una imbecilidad maliciosa y una demencia consciente y maligna.

Estas reflexiones, naturalmente, las sintió, sin pensarlas ni vivirlas. Lo que hizo en realidad fué esconderse debajo del catre sollozando desesperadamente y gritando: «No quiero verlos. Que se los lleven a todos».

Hasta ahora, casi todas las fiestas de Daniel han terminado así.

IV

«Il n'y a nuls vices extérieurs et nuls défauts du corps qui se soit aperçus par les enfants; ils les saisissent à première vue».

La Bruyère.

Los niños son un deseo anhelante que avanza por el mundo a tropezones, seguido por una cosita humilde, sin importancia, algo en que nadie repara y que el niño, sobre todo, parece ignorar: su propio cuerpo.

¡Los cuerpos de los niños! Eso no tiene formas ni atractivos. Eso es débil, demasiado tierno, sin malicia. Se pasean por el desnudo humano, encogidos y friolentos, o bien erectos y desfachatados, proyectando hacia adelante el vientre prominente o el sexo dormido. Para ellos mismos constituye un misterio ese juguete que, desde pequeñitos, las amas tratan de esconder para que no lo tomen muy en serio. Sin embargo,

nadie a logrado separar a los niños de sus cuerpos. Van y vienen, y con ellos, su pequeña humanidad. Es inevitable. No tardan, pues, en advertirlo, esos eternos inquietos que todo lo hurgan en un ansia de saber. El cuerpo, por su parte, no queda inactivo y tarde o temprano se encarga de golpear a la puerta del fogoso y distraído espíritu del amo.

Daniel tuvo que librar dos batallas con su cuerpo. La primera fué una de las muchas escaramusas del niño que encuentra ese objeto de curiosidad entre tantos otros. La segunda, tuvo lugar años más tarde, cuando su traviesa inocencia debió enfrentar la revancha del instinto, el ataque furioso que arrastró con todo, revolviéndole la vida cuando se creía más seguro en ella.

Pero ahora, todavía reinaba la paz.

En el baño solía cogerse las tetillas, pequeñitas y rosadas, y reirse de ellas con la sirvienta. Esta le contaba cómo al nacer, se le habían llenado de leche los primeros días; y Daniel, enmudeciendo, se contemplaba muy serio los pequeños pezones, con cierto sentimiento de pavor.

Otras veces eran los dedos. Había visto a los de casa tirar de ellos, produciendo un ruido particular en las articulaciones. Este hecho lo intrigaba sobremanera, pero, al imitarlos, no consiguió nunca el abandono necesario para dejárselos arrastrar hasta que sonaran. Aquello dolía y terminó por parecerle estúpido. No obstante, cuando los juguetes ya eran un tedio, llamaba a la sirvienta: «María, hazte sonar los dedos»—y la buena mujer comenzaba su largo trabajo de desarticularlos. A veces, se detenía, forcejando: «Este no quiere sonar».—«No importa; sigue con el otro».

En el baño, Daniel no se observó nunca ni creyó que los demás merecieran una atención mayor. Es cierto que él no tenía hermanos que le despertaran esas curiosidades, y miraba con malos ojos a quien pretendiera despertárselas.

No obstante, en una ocasión, ocurrió algo insólito: un

muchachón que servía en la casa para los mandados, se permitió, a modo de broma, hablarle de esas cosas una tarde en que la sirviente había ido a la cocina. Daniel, rodeado de sus juguetes, jugaba en el suelo de la pieza solitaria, alumbrado por la lámpara de gas. El muchachón se acercó con cautela, y poniéndose de rodillas junto a él: «mira...»—le dijo, y se descubrió rápidamente. Daniel miró de soslayo con el gesto serio del que está meditando un grave problema; tomó el tiempo necesario para observar bien; luego, fingiendo un pudor exagerado, comenzó a gritar y a insultar al muchacho, amenazándolo «con decirle todo a la mamá».

No dijo nada. Ni siquiera recordó este hecho, años más tarde, cuando la pubertad hubiera podido inquirir en el pasado una explicación muy legítima del nuevo estado de cosas que había de enfrentar.

Tan cierto es que la inocencia nadie la arrebató, a menos que se canse de llevarla aquél que la posee.

V

Quand la terre es en mouvement, on ne comprend pas par ou le calme peut y entrer; et quand elle est paisible, on ne voit pas par ou le calme peut en sortir.

Poco pudo saber de la naturaleza este niño. En los tres patios de la casa había, es cierto, un mundo en pequeño que él se afanaba en descubrir meticulosamente. No obstante, ese espacio reducido no podía despertarle sentimiento de grandeza y vastedad; el sentido panorámico del mundo permanecía oculto para él.

En ese primer patio con su bosque de palmeras y bambús plantados en grandes macetas desvencijadas, Daniel hizo su primer descubrimiento vegetal: el musgo. Cuando los grandes

calores eran ya un recuerdo lejano que se perdía en la confusión del viaje a la costa, empezaban los días grises y las eternas lluvias. En el primer sol de San Juan, burlando órdenes y castigos, el niño se deslizaba por *La Humedad* para visitar las pequeñas piedras de río que cubrían el patio. Entre ellas, tímidamente primero, como manchas de pintura verde derramada por descuido; exuberantes, después, como turgentes senos de verdura, aparecían las suaves matas de musgo. Y él gustaba acariciar sus redondeces felpudas, de un verde brillante, y a veces, arrancarlas con voluptuosidad para ver las raíces: sólo encontraba un reverso feo y terroso, cubierto de *chanchitos* y lombrices que se inquietaban enormemente bajo la luz del sol.

Las palmeras le parecían misteriosas y temibles, debido a esa especie de maraña que les cubre el tronco. Ellas fueron las grandes colaboradoras de las ayas para hacer entrar en razón al pequeño Daniel. «¡Qué te voy a dejar solo entre las palmeras!» y Daniel, que muchas veces había estado solo entre ellas, corría ahora como si cada una se hubiera cambiado en un monstruo dispuesto a cogerlo. Eso le sirvió más tarde para comprender que nada hay pavoroso en ese universo de Dios, si los hombres no le infiltran su veneno de angustias y temores. Pero Daniel era testarudo: un buen día se fué solo y arrancó un ancho jirón de esa red enmarañada que se desprendió en una nube de polvo y una lluvia de pequeñas semillas que cayeron de lo alto. Desde entonces, las palmeras perdieron el espíritu que las animaba y las sirvientes debieron buscarse otra alianza fantasmal.

Desde ese patio el cielo era muy azul y se veían pasar gruesos pelotones de nubes que venían de una cornisa y se perdían en la otra. Alguna avecilla cruzaba en lo alto como una exhalación. En torno, las tejas húmedas, ennegrecidas, tomaban ciertas actitudes en el techo irregular que no eran muy del gusto de nuestro personaje; un saliente, sobre todo, coronado por una teja ancha y jibosa, hacía las veces de un

espantajo que él no habría podido enfrentar después de la puesta del sol.

Al llegar las primeras lluvias, retiraban el telón que durante el verano había protegido el patio contra el exceso de luz. Los alambres que lo sostenían quedaban allí como paralelos sobre el mapa del cielo, o sirviendo de andarivel a las gotas de lluvia que se deslizaban, luminosas, a lo largo del hilo hasta detenerse en alguna argolla olvidada que las hacía caer.

Y llovía, llovía desesperadamente. ¿Acaso en los inviernos de antes llovía mucho más? ¿O los niños de entonces, apoyada la frente sobre la mano fría, sabían mirar mejor por las ventanas la ronda de los meses y de los años?

Ocurría en esos diluvios un accidente que conmovía a toda la casa: se tapaba el resumidero y el agua comenzaba a subir en el patio hasta alcanzar la altura de la solera. ¡Qué hermoso era entonces oír el canto de los desagües silenciando su voz de tubos y goterones a medida que el agua subía! Y esos cúmulos de espuma negruzca que terminaban por desprenderse de sus bocas y flotar libremente en el rebalse hasta morir perforados por las mil flechas de la lluvia...

Para Daniel, el invierno era un largo sueño con la nariz pegada a los vidrios. La estufa de parafina y el brasero con su secador de mimbre impregnaban la atmósfera de olores y vapores que empañaban las ventanas, transformándolas en moldes para la huella de sus labios o en pizarra para el dibujo de sus dedos. A la mañana siguiente, era un misterio ver como persistían esos dibujos medio esfumados, aunque visibles, en el nuevo vaho que los cubría.

En invierno, la gente de la casa circulaba «por dentro»: esto es, transformaban el *cañón de piezas* en un corredor animado donde todas las dependencias comulgaban en una sola y también las noticias.—«La gallina puso un huevo con dos yemas»—pasaba diciendo la sirvienta.—«Que le traigan el en-crespador a la señora»—gritaba otra. La abuela cruzaba con

una carta en la mano: «—Este niño va a quedar otra semana encerrado en el cuartel ¡En fin! Ya lo tendré para las fiestas de septiembre. ¿A cuánto estamos?

—En 1906—contestaba la tía, que por esos días andaba con muletas por una luxación del tobillo.

—¿Qué novedad! Te pregunto «el día», chiquilla inútil.

—Voy a ver el diario... Hoy es... es, 16 de Agosto.

—Mucho falta...—se oía decir a la abuela que se alejaba.

Atardecía temprano. A las cinco ya era de noche. Venían las sombras de repente, y solía oírse entonces, la campana de incendio. ¡Qué trágica parecía cuando la lamparilla nocturna proyectaba perfiles inmensos y vacilantes sobre las tablas del techo!

Esa tarde comenzó a tocar a la hora del té. Daniel sintió la opresión inevitable. ¿Por qué le temía a la campana? Se unían pesadillas a su recuerdo; noches en que despertó sobresaltado creyendo que ardía la casa: sólo sonaba la campana en el silencio, fúnebre, lenta, mientras moría la «mariposa» en grandes destellos, como batiendo unas terribles alas de sombra. No se hacía rogar, Daniel, para echar la ropa sobre su cabecita aterrada y esperar, tiritando, que viniera otra vez el sueño a llevarse esa noche que sólo sirve para espantar a los niños.

Otras veces la campana de la Bomba le forjaba sueños como de fin de mundo. Los astros, inmensos, en una noche roja, bajaban en tropel sobre la tierra, aumentando de tamaño a medida que se acercaban. Daban tumbos las esferas, unas contra otras, produciendo sonidos de campanas y despidiendo unas como luces de bengala que caían sobre la familia vestida de luto.

Todas esas cosas oprimían su corazón pequeño cuando oyó el toque de la campana en esa tarde de invierno; por esto.

lo que siguió después fué una entrada en la fantasía que había dejado de ser real muchas horas antes.

Eran como las ocho de la noche. Habían avisado la comida. Daniel, junto a su madre, observaba como ésta se lavaba las manos en el lavatorio de plaqué. La veía alta y hermosa, escobillándose las uñas con prolijidad. Fué ella quien dijo la primera: ¡Está temblando!...—Daniel no entendía o no recordaba esta palabra. Nada había sentido que mereciera un casillero aparte en su experiencia. Ahora, un leve ruido y algo como una inquietud en las piernas, lo hacía alzar la cabeza con mirada interrogante.

—¡Mira!—dijo la madre, y señaló la lámpara de gas con sus cuatro tulipas rosadas y sus dos pesas colgantes, como testículos monstruosos: la lámpara oscilaba débilmente.

De pronto, con una brutalidad contenida, un empujón horizontal, como una resbalada del suelo, hizo que el pequeño Daniel se aferrara del peinador mientras la madre, enloquecida, apoyando una mano sobre la mesa, para no caer, estrechaba fuertemente al niño con la otra.

El estrépito se hacía general y ensordecedor.—¡Salgan hasta el umbral! ¡El umbral! gritaba la tía que venía arrastrándose con sus muletas y apoyándose en los muros, cada vez más oblicuos.

Daniel no sabía qué pensar. Su corazón latía con fuerza como si quisiera escapársele. Inconscientemente miraba al cielo enrojecido por ver si caían los astros... Después casi perdió el sentido del tiempo. Recuerda que la tierra, enfurecida, comenzó a dar unos tremendos golpes que parecían desclavar las tablas del piso. La lámpara, violentamente, cogió una cimbra de pared a pared, y una catarata de polvo se desprendió del techo. Un alarido de angustia se elevó de toda la casa y de las vecinas, mientras las paredes y las vigas lanzaban quejidos en cada empujón.

Todo ésto fué tan rápido, que Daniel no pudo verlo en la

realidad. El último remezón lo había precipitado de cabeza en el ensueño antes de que tuviera tiempo de aferrarse a la vida. Después ha pensado que las muertes súbitas han de ser así: una caída vertiginosa en un horror que nos espanta, pero nos deja ajenos: algo que le está ocurriendo a los demás. Fué así que vió a su abuelito cogerlo en brazos y, tambaleándose como un ebrio sobre el piso que se contraía y ondulaba, llevárselo hasta el zaguán de la calle. La casa había quedado a oscuras. A la luz incierta de una candileja vió un grupo de personas: la tía, la abuela, la madre, las sirvientas y una que otra cara desconocida. El abuelo, por centésima vez, había vuelto al interior para apagar algunas lámparas olvidadas. Seguía temblando y desmoronándose los terrones y el polvo. La atmósfera era irrespirable. De la calle venían gritos de auxilio. Se hablaba en voz baja o se lloraba. Aquello seguía y parecía no querer detenerse nunca. ¿Qué ocurrió en Daniel en aquel instante? ¿Será posible creer que a esa edad—4 años—pudiera sentir el abandono en que vive el hombre sobre la tierra? Su familia no era exageradamente religiosa. Sin embargo, vuelve a sentir ahora el calor de su espíritu y la lluvia de seguridad que lo invadió cuando dijo con voz muy grave: «Mamá ¿recemos?»—Estas palabras en boca de una criatura, parecían la voz del Más-Allá: todos se pusieron de rodillas y oraron.

Afuera, caía una lluvia fina, monótona. Las sacudidas disminuían, sólo un ligero vaivén hacía estremecerse todavía las puertas y las ventanas.

Las noticias comenzaron a circular y las mejillas a recobrar sus colores.

Al día siguiente—habían pasado la noche en el salón—ya no se pensaba ni en los muertos. La alegría de un día de sol y la felicidad de haber escapado indemne, inclinaba el espíritu a un goce ruidoso, excesivo. Se vivía en plena zona del chiste brutal. Todos habían vuelto de su línea de sombra.

Sólo el pequeño Daniel se había quedado allí.

(Continuará).